

de los defectos que les pudiesen haber servido de escándalo ó de molestia. Despues recibió con suma devocion el santísimo sacramento de la Eucaristía; y queriendo los religiosos administrarle el de la Estremauncion, el Santo, que veia con iguales ojos lo presente que lo futuro, les mandó que esperasen á que viniese el obispo de Palencia, que á la sazón era D. Pedro de Castilla, sobrino del rey D. Pedro, á quien Dios habia movido para que viniese á hacerle este último honor. El suceso acreditó la verdad de la profecía; pues de allí á poco llegó el obispo, y le administró la Estremauncion. Hecho esto, mandó á sus religiosos que rodeasen la pobre cama en que yacia, y rezasen las oraciones y salmos que para este fin tiene la Iglesia; y mientras ellos, anegados en fervor y lágrimas, recomendaban el alma de su santo padre, éste levantó las manos al cielo, y diciendo: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu; le entregó en manos de su Criador con suma tranquilidad. Murió dia 30 de marzo en el año dicho y á los sesenta y seis de su edad; y su cuerpo fué sepultado en el entierro comun de los demás religiosos, como él lo habia pedido con muchas ansias antes de morir, rezeloso de que los religiosos quisiesen hacerle alguna distincion.

Peró Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su multitud no permiten referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad, recibieron vida poniendo sus cadáveres sobre su sepulcro. Iguales beneficios recibieron cojos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos y enfermos de cualquiera peligrosa dolencia; de manera, que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro, que se fuese desconsolado. Un dia llegó un pobre á pedir limosna al portero, el cual le dijo que no tenia que darle. Fuése el pobre al sepulcro de S. Pedro, y oró así: *¡O santo varon! Si tú vieras hoy dia, no saldria yo de aquí desconsolado y sin limosna para morir de hambre.* Al decir esto ¡ó misericordia de Dios! se abrió el sepulcro; y alargando el Santo la mano, dió un pan á aquel infeliz, que fué por todas partes pregonando la maravilla. A este tenor eran tantas las que Dios obraba por su siervo, que solamente en los seis meses primeros despues de su muerte, se justificaron ciento y veinte y ocho milagros por deposicion de las personas que fueron á dar gracias, ó presentar sus votos por los beneficios recibidos.

Treinta y seis años permaneció el cuerpo de S. Pedro en el lugar humilde en que habia sido enterrado; pero glorificado con

gran copia de milagros, por el gran concurso de gentes de todas jerarquias que concurrían á implorar su patrocinio, y venerar sus reliquias. Reyes, príncipes, prelados, pueblos enteros se veían ir continuamente publicando la santidad de S. Pedro, y clamando porque su cuerpo fuese trasladado á mas decente sepulcro. Pero esto no se verificó hasta el año de 1492, dia 15 de mayo, en que habiéndose construido un magnífico sepulcro de alabastro de orden de la reina Isabel, en la capilla mayor, al lado del Evangelio, se desenterró el sagrado cadáver, y se trasladó allí con gran pompa y aparato, concurriendo á la procesion la misma reina, muchos obispos y grandes, y el clero y religiosos de los lugares circunvecinos. Al tiempo de hacer la exhumacion, se hallaba presente la reina Isabel, que á este efecto habia venido desde Granada despues de su conquista, dejando allá al rey cuidando de la ciudad mientras ella daba gracias á Dios por la victoria. Sin embargo de que el lugar en que estaba sepultado era estremamente húmedo, hallaron el cuerpo entero é incorrupto, en tanto grado, que se quedaron todos admirados. Y no solamente esto, sino que estaba blando y flexible, exhalando un olor fragantísimo que se difundió por el convento, y aun por los campos vecinos. Admirada la reina de aquella maravilla, y deseosa de que el rey su marido la viese y alabase á Dios en sus santos, mandó que le cortasen una mano para enviársela por reliquia á su esposo. Ejecutóse así, y salió la sangre tan fresca y encarnada como si estuviera vivo; recogióndola en lienzo que empaparon en ella, y que se conservan en el convento de Aguilera entre las mas preciosas reliquias. Con estos portentos creció la fama de su santidad tanto, que hasta los reyes, príncipes, arzobispos, nuncios apostólicos, y el rey Felipe III con su esposa Margarita de Austria, y el príncipe heredero, fueron á visitar al Santo, é implorar su favor en los sucesos calamitosos, recibiendo siempre los premios debidos á su fe y á tan piadosos actos de religion. No omitieron los religiosos diligencia alguna para justificar en la forma debida, tanto la veneracion y culto que tributaban los fieles á este gran siervo de Dios, como los innumerables prodigios y milagros que por su intercesion hacia Dios cada dia; y hallando el santo padre Urbano VIII que uno y otro correspondia á la informacion que se hizo de sus heroicas virtudes, le declaró Santo en 24 de junio del año de 1683. Celébrase su fiesta con oficio y misa propia por decreto de Inocencio XI, espedida á 13 de mayo, que quiso que todos los fieles gozasen del consuelo de saber que en el discurso del año tenían un dia destinado á la in-

vocacion de este gran penitente, de este ejemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

SAN JUAN SILENCIARIO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Juan, llamado *Silenciaro* por el profundo recogimiento y silencio que guardó por espacio de muchos años, nació en Nicópolis de Armenia el año de 454. Su padre Encracio y su madre Eufemia fueron tan conocidos en el imperio del Oriente por sus grandes bienes de fortuna y por su antigua nobleza, como por los grandes empleos con que habian sido honrados sus antecesores; pues uno y otro contaban en su familia generales de ejércitos y gobernadores de provincias; pero fueron mucho mas ilustres por su ejemplar piedad, y así tuvieron gran cuidado de dar á sus hijos una cristiana educacion.

Aprovechóse bien de ella nuestro Santo; pues hallándose á los diez y ocho años de su edad heredero de una rica sucesion por la muerte de sus padres, solo se sirvió de ella para hacer mayor su sacrificio. Por la tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, la empleó toda en edificar en Nicópolis una magnífica iglesia dedicada á esta Señora, y en fundar un monasterio, en que él mismo se encerró con otros diez compañeros escogidos, que habiendo dejado tambien todo lo que tenian, no querian pensar en otra cosa que en su eterna salvacion.

A un principio tan generoso y tan perfecto se siguió presto el ejercicio de todas las virtudes. La humildad fué desde luego la virtud de sus cariños. Parecia que solo tenia talentos para humillarse. Sus vigilijs, su abstinencia, sus penitencias en tan tierna edad sustentaron aquella pureza de cuerpo y alma que conservó toda la vida, y cada dia con mayor aumento. Su fervor y sus ejemplos eran lecciones tan eficaces, que cada uno de los monges experimentaba un vivo deseo de perfeccionarse viendo al jóven abad que iba siempre el primero en todos los ejercicios de la vida regular. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su discrecion en el gobierno, como por su eminente santidad. Hizose dueño de la veneracion y del corazon de todos sus súbditos; con que fácilmente les sirvió á todos de modelo, y en breve tiempo llegó á ser un seminario de santos el monasterio de Nicópolis.

La misma reputacion de su prudencia y de su virtud no permitió á los monges gozar mucho del santo abad. Muerto el obispo de Colonia, todos los votos del clero y del pueblo se

unieron en favor del santo abad. Teníase bien conocida su repugnancia á todo género de dignidades, y fué menester valerse de una estratagemata para vencerle. El arzobispo de Sebaste, á quien como metropolitano tocaba proveer de obispo aquella iglesia, confirmando la eleccion del clero y pueblo, persuadido igualmente á que ninguno podia ocupar mas dignamente aquella silla que nuestro Juan, aunque á la sazón de edad de solos veinte y ocho años, le envió á llamar con otro pretesto. Apenas le hizo la proposicion del obispado, cuando el santo mozo se sobresaltó. Pero el arzobispo estaba resuelto á no ceder á su repugnancia, especialmente cuando ella misma era nueva prueba del acierto de la eleccion. Fué preciso obedecer; y recibidos los sagrados órdenes, fué consagrado obispo con tanto aplauso como solemnidad.

La nueva dignidad en nada alteró su antiguo modo de vivir. De ninguna de las mortificaciones que usaba en el monasterio se dispensó, la misma abstinencia, el mismo continuo ejercicio de oracion, la misma humildad. Por el amor que profesaba á la pureza se interdió para siempre el uso del baño, sin que la nueva dignidad le sirviese mas que para añadir las penitencias de monge á las apostólicas fatigas y solicitud pastoral de obispo.

En fuerza de su caridad, de su zelo y de las demás virtudes, se vió muy presto florecer la piedad en todo el obispado sin que fuesen solas sus ovejas las que se aprovecharon de sus ejemplos; penetrando hasta la corte la admiracion de su virtud. Hizo tanta impresion en su hermano Pérgamo y en su primo Teodoro, ambos muy distinguidos y estimados en el palacio de los emperadores, que reformando sus costumbres, fueron uno y otro modelo de cortesanos ajustados y ejemplares.

Pero el espiritual gozo que le causó la conversion de aquellos dos señores se templó mucho con el dolor de la caprichosa y menos cristiana conducta de Pasinico, cuñado de nuestro Santo. Era gobernador de la Armenia, y en lugar de contribuir con todo su poder y autoridad á sostener la santa intencion y el zelo del santo prelado, todo lo perturbaba dentro de su misma diócesis. Estorbaba á los eclesiásticos en el cumplimiento de sus obligaciones, molestábalos con todo género de vejaciones, y violaba la inmunidad de las iglesias. Valióse el santo obispo de ruegos y de representaciones, pero muy inútilmente; y viendo que el mal empeoraba cada dia, resolvió llevar sus quejas al emperador Zenon, y partió en persona á Constantinopla. El emperador le hizo justicia; pero estos disgustos renovaron en su es-